



LEÓN TOLSTOY

LA RESTAURACIÓN DEL INFIERNO

Traducción del inglés y editado por Germán Lema
lemagerman@yahoo.com

Tomado de "Obras Completas de Tolstoy"

Biblioteca WESTMINSTER RESEARCH LIBRARY – LONDRES

Cali, Colombia

2003

LA RESTAURACIÓN DEL INFIERNO

1903

I

Esto sucedió cuando Jesús revelaba sus enseñanzas a los hombres. Sus enseñanzas eran tan claras, tan fáciles de entender, tan evidentemente salvaban a los hombres del mal, que parecía imposible que no llegasen a ser aceptadas o que algo evitase su difusión.

Belcebú, el padre y amo de todos los demonios, estaba alarmado. Claramente veía que su poder sobre los hombres llegaría a su fin al menos que Jesús renunciase a sus enseñanzas. Se alarmó Belcebú pero sin desesperarse e incitó a los Escribas y Fariseos, sus obedientes siervos, a insultar y atormentar a Jesús hasta más no poder, y a aconsejar a sus discípulos para que lo abandonasen. Creyó que la condena a una vergonzosa ejecución, el vituperio, el abandono de sus discípulos, y por último el sufrimiento mismo harían que Cristo en su última hora renunciase a sus enseñanzas destruyendo con ello su poder.

Todo se decidió en la cruz. Cuando Cristo exclamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?”, Belcebú se regocijó. Cogió los grillos que estaban preparados para Jesús y se los puso en sus propias piernas para ajustarlos y cerciorarse que una vez colocados a Jesús no podrían ser removidos.

Pero de repente se oyeron las palabras “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”, y luego “Todo ha terminado”, y Cristo exhaló su último suspiro.

Belcebú comprendió entonces que todo estaba perdido. Trató de quitarse los grillos y escapar, pero no pudo moverse. Los grillos se le habían aferrado y se lo impedían. Quiso volar pero no pudo agitar sus alas. Y, así, Belcebú vio llegar a Cristo a las puertas del infierno en medio de una aureola de luz, y vio cómo los pecadores, desde Adán hasta Judas, salieron, y cómo los demonios todos desaparecieron y cómo los muros del infierno se derrumbaban silenciosamente por los cuatro costados. No pudo soportarlo por más tiempo y con un chillido penetrante se arrojó por las grietas del suelo a las regiones más profundas.

II

Así pasaron cien años, doscientos, trescientos años.

Belcebú no hacía cuenta del tiempo. A su alrededor todo era tinieblas y silencio sepulcral. Así permanecía inmóvil y trataba de no pensar en lo sucedido, aunque sí pensaba en ello, e impotentemente odiaba a quien había causado su caída.

Pero, de repente – ni se acordaba ni sabía cuantos siglos habían pasado – oyó sonidos que se parecían a pisoteos, quejidos, gritos y crujir de dientes.

Belcebú levantó la cabeza y comenzó a escuchar.

Que se pudiera restablecer el infierno después de la victoria de Cristo era más de lo que podía creer; sin embargo, el pisoteo, los quejidos, los gritos y el crujir de dientes eran cada vez más claros.

Enderezó su cuerpo y desdobló sus peludas piernas con pezuñas ya crecidas (quedándose asombrado de que los grillos se hubiesen abierto por sí mismos), y batiendo libremente las alas dio el sonido de llamada a sus sirvientes y asistentes tal como lo había hecho en épocas pasadas.

Antes de que tuviera tiempo para respirar profundamente y bostezar, aparecieron llamas por todas partes, y una multitud de diablos empujándose unos a otros caían por las grietas de la tierra y se acomodaban alrededor de Belcebú como aves de rapiña alrededor de la mortecina.

Había diablos grandes y diablos pequeños, diablos gordos y diablos flacos, diablos con cola larga y diablos con cola corta, diablos con cuernos puntiagudos, diablos con cuernos rectos y diablos con cuernos retorcidos.

Uno de ellos, negro brillante, desnudo excepto por una capa tirada sobre los hombros, con cara lampiña y una panza enorme se sentó sobre los talones frente a Belcebú, y dándole vuelta a los ojos, seguía sonriendo y moviendo la cola rítmicamente de un lado a otro.

III

- “¿Qué significa ese ruido?”, dijo Belcebú señalando hacia arriba. “¿Qué pasa por allá?”

- “Lo que siempre pasaba”, replicó el diablo de la capa.

- “¿Hay en verdad algunos pecadores?”, preguntó Belcebú.

- “Muchos”, respondió el de la capa.

- “Pero, ¿qué pasó con las enseñanzas de Aquél a quien no quiero nombrar?”, preguntó Belcebú.

El diablo de la capa mostró sus agudos dientes al sonreír burlescamente, mientras que los otros diablos trataban de contener la risa.

- “Esas enseñanzas ya no son obstáculo. Los hombres no creen en ellas”, dijo el diablo de la capa.

- “Pero si ellas los protegían de nosotros, y Él lo selló con su muerte”, dijo Belcebú.

- “Yo he alterado todo eso”, dijo el diablo de la capa dando golpecitos en el suelo con la cola.

- “¿Cómo fue posible?”

- “Arreglé las cosas de tal manera que los hombres llegaron a creer en mis enseñanzas y no en las de Él, pero que llaman de Él”.

-“¿Cómo lo hiciste?”, preguntó Belcebú.

- “Fue algo que sucedió por sí mismo. Yo solamente ayudé un poquito”.

- “Cuéntamelo brevemente”, solicitó Belcebú.

El diablo de la capa bajó la cabeza y estuvo silencioso por un momento como pensándolo sin afán. Luego comenzó su historia:

-“Cuando sucedió el desastre, cuando el infierno fue destruido y nuestro padre y amo nos dejó”, dijo, “fui a todos los lugares donde se enseñaba lo que casi nos arruina. Quise cerciorarme cómo vivían las gentes que seguían esas enseñanzas, y vi que quienes vivían de acuerdo con ellas eran felices y permanecían lejos de nuestro alcance. No se enojaban el uno con el otro, no cedían a las tentaciones de las mujeres, y o no se casaban o lo hacían con una sola esposa. No poseían propiedades sino que todo era en común; no se defendían de los ataques, sino que devolvían el bien por el mal. Su vida era tan buena que los demás eran cada vez más atraídos a ellos. Cuando vi esto pensé que todo estaba perdido y quise abandonar la empresa. Pero luego sucedió algo que, aunque insignificante por sí mismo, parecía merecer la atención, y me quedé. Entre estas gentes algunos consideraban que era necesaria la circuncisión y que nadie debía comer carne que hubiese sido ofrecida a los ídolos; mientras que otros consideraban que eso no era esencial y que no era necesario ser circuncidado y que podían comer de todo. Entonces comencé a sugerirle a ambos grupos que ese desacuerdo era muy importante y que como era algo que se trataba del tributo a Dios, ninguno debía ceder. Y me creyeron, y sus disputas crecieron. El enojo creció en ambos lados, y luego comencé a inculcar a cada uno de ellos que podían comprobar la verdad de sus respectivas enseñanzas por medio de milagros. Es evidente que milagros no pueden comprobar la verdad de unas enseñanzas, pero estaban tan ansiosos de estar en lo cierto que me creyeron, y les inventé los milagros”.

“Hacer esto no es difícil. Así, pues, comenzaron a creer en todo lo que confirmara su deseo de probar que solamente ellos estaban en lo cierto. Algunos esparcieron la noticia de que lenguas de fuego habían descendido sobre ellos; otros declararon que habían visto el cuerpo de su maestro resucitado, y muchas cosas más. Se dedicaron a inventar lo que nunca había sucedido, y en nombre de Aquél que nos llamó embusteros, mintieron tanto como nosotros. Y unos decían a otros: “Vuestros milagros no son auténticos, los nuestros sí”. Y los otros respondían: “No, los vuestros no lo son pero los nuestros sí”.

Las cosas iban bien pero yo tenía miedo de que descubrieran este engaño tan evidente y por eso inventé la “ Iglesia”. Y tan pronto creyeron en la Iglesia

descansé. Me di cuenta de que estábamos salvados, que el infierno había sido restaurado”.

IV

- “¿Qué es la Iglesia?”, preguntó con seriedad Belcebú, negándose a creer que sus siervos eran más inteligentes que él

- “Bien, cuando la gente dice mentiras y piensan que nadie va a creerles ponen a Dios de testigo, y dicen “por Dios que lo que digo es cierto”. Eso es lo que hace la Iglesia, pero con esta particularidad, que quienes llegan a formar la Iglesia se convencen que no se equivocan nunca y, por lo tanto, no pueden retractarse de cualquier cosa que digan sin sentido. Así está constituida la Iglesia: los hombres se aseguran a ellos mismos y a otros que su maestro Dios, para asegurarse que la ley revelada a los hombres no sería interpretada mal, dio poderes a ciertos hombres, quienes junto con aquellos a quienes transfieren estos poderes, son los únicos que interpretan sus enseñanzas correctamente. Así, estos hombres que se llaman la Iglesia se creen poseedores de la verdad, no porque lo que predicen sea cierto sino porque se consideran como los únicos verdaderos sucesores de los discípulos de los discípulos de los discípulos, y finalmente de los discípulos del maestro mismo – Dios. Aunque este método, como el de los milagros, tiene la desventaja que la gente puede simultáneamente aseverar cada uno de sí mismo que son miembros de la única y verdadera Iglesia, como en realidad ha sucedido, tiene también la ventaja de que tan pronto como los hombres han declarado que ellos forman la Iglesia y han orientado sus enseñanzas en ello, no pueden renunciar a lo que ya han dicho, por absurdo que sea, y por mucho que otros hombres digan”.

- “Pero ¿por qué la Iglesia entendió las enseñanzas a favor nuestro?”, dijo Belcebú.

- “Lo hicieron”, continuó el diablo de la capa, “porque habiéndose pronunciado como los únicos expositores de la ley de Dios y habiendo persuadido a otros, llegaron a ser los árbitros del destino de los hombres obteniendo con ello el mayor poder. Y con ese poder naturalmente se volvieron orgullosos y en gran parte depravados, lo cual incitó la indignación y enemistad de otros hacia ellos, y en la lucha contra sus enemigos, no teniendo otros medios fuera de la violencia, comenzaron a perseguir, a ejecutar, y a quemar a quienes no reconocían su autoridad. Así, la posición misma en que se encontraron los obligó a interpretar mal las enseñanzas para poder justificar sus malas vidas y las crueldades que utilizaban contra sus enemigos. Y esto fue exactamente lo que hicieron”.

V

- “Pero sus enseñanzas eran tan sencillas y claras”, dijo Belcebú, todavía sin poder creer que sus siervos habían hecho lo que no se le había ocurrido a él, “que era imposible entenderlas mal. “Haz a otros lo que quisieras que ellos te hicieran”, “¿cómo pudieron tergiversarlo?”

- “Bien, por varios métodos que yo les aconsejé”, respondió el diablo de la capa. “Los hombres se cuentan la leyenda de un mago bueno quien para salvar a un hombre del hechicero lo convirtió en grano de trigo; el hechicero entonces se convirtió en un gallo y estaba a punto de comerse el grano cuando el buen mago vació todo un saco de trigo sobre el grano. El hechicero no podía comerse todo el trigo y fue incapaz de encontrar el grano que quería. Eso es lo que por consejo mío ha sucedido con las enseñanzas de Aquél que predicó que la única ley consistía en hacer a otros lo que quisiéramos que ellos nos hicieran a nosotros. Hice que aceptaran sesenta y ocho libros diferentes como la exposición sagrada de la ley de Dios, y declararon que cada palabra de esos libros emanaba del Dios–Espíritu Santo. Sobre la verdad sencilla y comprensible vaciaron tal cantidad de pseudo-verdades que se volvió imposible aceptarlas todas o encontrar entre ellas la única verdad necesaria al hombre”.

“Ese fue mi primer método. El segundo, y que han utilizado durante más de mil años con éxito, consistía simplemente en matar y quemar a quien desease revelar la verdad. Este método está ahora en desuso, pero no lo abandonan del todo, y aunque no queman a quienes tratan de exponer la verdad, los calumnian, y envenenan sus vidas de tal manera que solamente unos pocos se atreven a hacerlo”.

“Este mi segundo método. El tercero que, al aseverar que eran la Iglesia y por lo tanto infalibles, enseñaban – cuando les convenía – lo contrario de lo que dicen las Escrituras, dejando a los alumnos encontrar por ellos mismos las contradicciones como pudiesen. Así, por ejemplo, las Escrituras dicen “No llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos. No os hagáis llamar doctores, porque uno solo es vuestro Doctor, el Mesías” (1). Pero ellos dicen: “Nosotros somos los padres y sólo nosotros somos los amos de hombres”. O dicen las Escrituras: “Cuando reces, hazlo en secreto y Dios te oirá, pero ellos enseñan que hay que rezar en iglesias, en compañía de otros, con cantos y música. También dicen las Escrituras “No jurar”, pero ellos enseñan que es necesario jurar obediencia implícita a las autoridades ordenen lo que ordenen. O dicen “No matar”, pero ellos enseñan que podemos matar de acuerdo con la ley. O “Mis enseñanzas son espíritu y vida. Aliméntate de ellas como si fuesen pan”, mientras que ellos predicán que al humedecer pedacitos de pan en vino y pronunciar ciertas palabras (2) el pan se convierte en cuerpo y el vino en sangre, y que el comulgar y beber vino es provechoso para la salvación del alma. Las gentes creen en esto y comulgan frecuentemente, y cuando caen en nuestras manos se asustan de que no les haya servido para nada” - y el diablo de la capa, mirando en todas direcciones, sonrió sarcásticamente.

- “Excelente”, dijo Belcebú, y también sonrió. Todos los diablos rieron ruidosamente.

- “Pero ¿es posible que las cosas sean tal como eran antes? ¿ Hay entonces fornicadores, ladrones y asesinos?”, preguntó Belcebú, bastante contento.

Los diablos, igualmente felices, comenzaron a hablar al mismo tiempo para aparentar ante Belcebú.

- “No sólo como era antes, sino mucho mejor”, gritó uno de ellos.

- “No podemos acomodar a tanto adúltero en los viejos compartimientos”, musitó otro.

- “Los ladrones son ahora peores”, gritó un tercero.

- “No hay suficiente combustible para los asesinos”, rugió un cuarto.

- “No hablen todos al tiempo”, interrumpió Belcebú, “y dejen contestar a quien yo pregunte. ¿Quién se encarga del adulterio?. Adelántese y cuénteme cómo se las arregla con los alumnos de quien prohibió cambiar de mujer, y dijo que un hombre no debía mirar a una mujer sensualmente. ¿Quién es el encargado?”

-“Yo”, respondió un diablo bronceado, con aire mujeriego, cara floja y babeante boca, que se arrastró en sus ancas hacia Belcebú.

Apareció luego frente a los demás, se puso en cuclillas, giró la cabeza hacia un lado, y después de menear la cola la envolvió entre las piernas y comenzó a hablar en sonsonete:

“Lo tenemos organizado tanto de la vieja manera – ya utilizada por nuestro amo y señor en el paraíso y que nos entregó toda la raza humana, como de una manera eclesiástica. En la manera eclesiástica persuadimos a las gentes que el verdadero matrimonio no consiste en lo que debe consistir – esto es, en la unión de un hombre y una mujer – sino en ponerse los mejores vestidos, ir a un edificio grande preparado para la ocasión, darle tres vueltas a una mesita mientras se entonan ciertos cánticos.(3) Nosotros hacemos creer a la gente que solamente ese es el verdadero matrimonio. Y, creyéndolo, naturalmente consideran que cualquier unión entre hombre y mujer fuera de esas condiciones es sólo placer que no los ata a nada, o que es la satisfacción de una necesidad higiénica, y se entregan desenfrenadamente al placer”.

El diablo mujeriego agachó la cabeza hacia el otro lado y se calló por un momento como esperando el efecto de sus palabras en Belcebú.

Belcebú movió la cabeza en señal de aprobación y el diablo continuó:

- “Por este método – y sin descartar el del fruto prohibido ya puesto en práctica en el paraíso”, dijo, evidentemente con el deseo de adular a Belcebú, “obtenemos los mejores resultados. Al imaginarse que pueden organizar una honesta boda en la iglesia después de haber tenido relaciones con malas

mujeres, los hombres cambian de mujer por centenares y se acostumbran tanto a ello que continúan haciéndolo aún después de la boda en la iglesia. Y si por alguna razón encuentran que uno de los compromisos contraídos por la boda les es fastidioso, organizan otro paseo alrededor de la mesita y consideran inoperante su primer matrimonio”.

El diablo mujeriego dejó de hablar, se limpió su babeante boca con la cola, movió la cabeza hacia el otro lado y silenciosamente fijó los ojos en Belcebú.

VII

- “Sencillo y bueno”, dijo Belcebú. “Lo apruebo. ¿Quién se encarga de los ladrones?”

- “Yo”, replicó una voz, y un corpulento diablo con cuernos encorvados, bigotes retorcidos y enormes garras, se adelantó.

Este diablo, después de haberse arrastrado como el anterior, arregló sus bigotes en estilo militar, y esperó las preguntas.

- “El que destruyó el infierno”, dijo Belcebú, “enseñaba a los hombres a vivir como las aves del cielo y pidió a los hombres dar a quien lo solicita y dejarle el manto a quien te ha robado la túnica, diciendo que para salvarse es necesario no tener posesiones. ¿Cómo lograron inducir a quienes habían oído esto para que siguieran robando?”

- “Nosotros lo hicimos”, dijo el diablo de los bigotes echando majestuosamente para atrás la cabeza, “igual que nuestro padre y amo escogió a Saúl como rey. Tal como se hizo en esa ocasión, inculcamos a los hombres la idea de que en lugar de dejar de robar el uno al otro es más conveniente permitir que un solo hombre los robe a todos, dejándolo que gobierne sobre ellos. La única innovación a nuestro método actual es que, para confirmarle a un hombre el derecho a saquear, lo llevamos a una iglesia, le colocamos un gorro especial en la cabeza, lo sentamos en una silla de brazos, le ponemos una varita y una bola en la mano, lo ungimos con aceite vegetal (4), y en nombre de Dios y del Hijo de Dios proclamamos que la persona así ungida de aceite es sagrada. Así, el saqueo que este personaje lleva a cabo no puede ser restringido, porque se considera sagrado. Y estos sagrados personajes y sus asistentes, y los asistentes de sus asistentes, saquean las gentes sin cesar, calmadamente y sin peligro. Al mismo tiempo se establecen leyes y regulaciones que permiten a una minoría de holgazanes saquear a la mayoría con impunidad, aún sin ser ungidos. En algunos países el saqueo se lleva a cabo sin necesidad de ungir a nadie con aceite, igual que si se hubiera hecho. Tal como lo puede ver nuestro padre y amo, usamos prácticamente el mismo viejo método. Lo que sí tiene de nuevo es que lo hemos hecho más general, más extenso en tamaño y en tiempo, y más estable”.

“Hemos generalizado más el método de la siguiente manera: antes las gentes se sometían voluntariamente a alguien que elegían, mientras que ahora

lo hemos arreglado sin tener en cuenta sus deseos y los sometemos no a alguien que ellos han escogido, sino a uno cualquiera que aparezca”.

“Hemos hecho el método más secreto en el sentido que los que son saqueados, gracias a los impuestos y especialmente los impuestos indirectos, no se dan cuenta de quien los roba”.

“Y es más extenso porque no contentos con saquear a su propia gente, las así llamadas naciones cristianas, bajo varios y extraños pretextos, y especialmente con la excusa de difundir la religión cristiana, roban también a otras naciones que tengan algo que valga la pena”.

“En cuanto al tiempo, este método es más extenso que el viejo gracias a la institución de deudas públicas y empréstitos. Ahora roban no sólo a la generación actual sino también a las futuras”.

“Y es más estable al hacer aparecer a los saqueadores como personajes sagrados, y así las gentes tienen el temor de resistirlos. Basta que el saqueador jefe haya tenido tiempo para untarse él mismo con aceite para que tranquilamente pueda saquear a quien guste y tanto como guste. En cierta época, en Rusia, y como experimento, puse en el trono mujeres de la peor reputación, una tras otra, estúpidas, ignorantes, licenciosas, quienes de acuerdo con sus mismas leyes no tenían derecho a ocuparlo. La última no solamente fue una libertina, sino también una criminal que asesinó a su propio esposo y a su heredero legal. Y sólo porque había sido ungida con aceite, la gente no le mutiló las narices o azotó su cuerpo con un látigo como solían hacerlo con quien mataba a su marido, sino que servilmente se sometieron a ella durante treinta años, dejándola a ella y a sus amantes saquear sus propiedades y aún privarlos de su libertad personal. Así, en nuestra época el robo a ojos vistos – el robo de un portamonedas, de una casa, de ropa, por la fuerza – constituye escasamente una millonésima parte de los robos legales que continuamente cometen los que están en el poder. En nuestro tiempo el robo impune y enmascarado, y en general una disposición a robar, son prácticas establecidas entre hombres cuyo primordial propósito en la vida es saquear a todo el mundo, limitada únicamente por la mutua lucha entre los ladrones mismos”.-

VIII

- “Esto está bueno”, dijo Belcebú. “¿Y los asesinos? ¿Quién se encarga de ellos?”

- “Yo”, dijo un diablo de aspecto rojizo, adelantándose en medio de la multitud. Tenía cuernos puntiagudos, colmillos que le salían de la boca, y una cola gruesa que parecía eréctil.

- “¿Cómo logra que los hombres se conviertan en asesinos, si se dicen seguidores del que dijo "No hay que devolver mal por mal sino amar a nuestros enemigos?´ ¿Cómo hace para convertir a esos hombres en asesinos?”

- “Lo hacemos igual que anteriormente”, respondió el diablo rojizo con voz ensordecedora que penetraba en los oídos, “suscitando la avaricia, discordia, odio, venganza y orgullo. Igual que antes persuadimos a los maestros de hombres que la mejor manera de enseñar a no matar es matando públicamente a quienes han cometido asesinato. Este método no nos suministra muchos asesinos pero sí prepara asesinos a nuestro servicio. Un gran número ha sido y está siendo suministrado por la nueva enseñanza de la infalibilidad de la Iglesia, el matrimonio religioso y la igualdad cristiana”.

“La enseñanza de la infalibilidad de la Iglesia nos suministra el mayor número de asesinos. Los que se reconocían a sí mismos como miembros de la Iglesia infalible consideraban un crimen el permitir que falsos intérpretes de las enseñanzas pervirtieran las gentes, y por lo tanto consideraban que matarlos era una acción placentera a Dios, y mataron poblaciones enteras, y ejecutaron y quemaron a centenares de miles de personas. Es risible notar que quienes empezaban a comprender las verdaderas enseñanzas – y por lo tanto nuestros mayores enemigos – eran tenidos como sirvientes nuestros, esto es, sirvientes del demonio, mientras que los que llevaban a cabo las ejecuciones, y quienes en realidad actuaban en nuestro servicio, se miraban a sí mismos como santos, cumplidores de los deseos de Dios”

“Así era antes, pero ahora una gran parte de los asesinos son suministrados por las enseñanzas sobre el matrimonio religioso y sobre la igualdad. La enseñanza acerca del matrimonio nos suministra en primer lugar con el asesinato de esposos por esposas y viceversa, y en segundo lugar con el asesinato de niños por parte de sus madres. Maridos y esposas se matan unos a otros cuando se sienten obstaculizados por las demandas de la ley o de las costumbres, pero las madres matan a sus hijos principalmente cuando las uniones de las cuales provienen esos niños no son reconocidas como matrimonio. Tales asesinatos son de común ocurrencia”.

“Ahora bien, aunque los asesinatos ocasionados por las enseñanzas de la Iglesia sobre la igualdad entre los hombres sólo se llevan a cabo periódicamente, cuando sucede lo hacen en grandes cantidades. De acuerdo a estas enseñanzas se hace creer a las gentes que todos son iguales ante la ley. Pero las gentes que son saqueadas sienten que esto no es cierto. Ellas ven que la igualdad ante la ley no es más que una manera conveniente para que los ladrones continúen robándoles mientras que hacen inconveniente que ellos puedan hacer lo mismo, y se indignan y atacan a sus saqueadores. Así, el asesinato mutuo comienza y nos suministra con decenas de miles de asesinatos en una sola ocasión”.

IX

- “Pero, ¿asesinos en guerra? ¿Cómo seducen a llevar a la guerra a los alumnos de Aquél que reconocía a los hombres como hijos de un mismo Padre y les pedía amar a los enemigos?”

El diablo rojizo sonrió burlescamente, echó humo y fuego por la boca, y fogosamente se golpeó la espalda con su gruesa cola.

-“Lo hacemos así: Persuadimos a cada nación que es la mejor del mundo – "Alemania por encima de todas", Francia, Inglaterra, Rusia "por encima de todas", y que esta nación (y hay cantidades de éstas) debe dominar a las otras. Y como inspiramos a todas las naciones la misma idea, ellas (sintiéndose siempre en peligro) preparan continuamente su defensa y se exasperan unas con otras. Pero mientras más se prepara una de ellas para la defensa y se enoja con su vecina, más se preparan las demás para la defensa y más se odian unas a otras. Así los que aceptaban las enseñanzas de Aquél que nos llamó asesinos están principalmente empleados en las preparaciones para asesinar y llevar a cabo los asesinatos”.

X

- “Todo esto está bien planeado”, dijo Belcebú después de una pausa.

- “Pero, ¿cómo es posible que hombres estudiosos, libres de las enseñanzas de la Iglesia, no se dan cuenta que la Iglesia ha corrompido las verdaderas enseñanzas y las restablecen?”

-“No pueden hacerlo”, dijo un diablo requemado, de frente ancha, orejas sobresalientes y miembros delgados, hablando con voz segura mientras se arrastraba entre los demás, envuelto en una capa larga.

- “¿Por qué no?”, preguntó Belcebú severamente, enojado por el tono de la voz del diablo.

Despreocupado por la exclamación de Belcebú el diablo de la capa larga se sentó tranquilamente, no en cuclillas como los otros sino cruzando las piernas en estilo oriental, y comenzó a hablar sin titubeos y en voz medida.

- “No pueden hacerlo porque continuamente les distraigo la atención de lo que es posible y necesario saber y se las dirijo a lo que es innecesario saber y que jamás sabrán”.

-“¿Cómo?”

- “Lo he hecho en el pasado y todavía lo hago de varias maneras de acuerdo a la época”, respondió el diablo de la capa larga. “Antes enseñaba a los hombres que era muy importante para ellos conocer las relaciones entre las personas de la Trinidad, acerca del origen y naturaleza de Jesucristo, acerca de los atributos de Dios, y así por el estilo. Y discutían y argumentaban hasta más no poder y peleaban y se enojaban. Y estas discusiones los absorbían de tal manera que no pensaban en cómo debían vivir y en consecuencia no tenían necesidad de saber lo que su Maestro había dicho acerca de la vida”.

“Después, cuando llegaron a una confusión tal que no entendían siquiera lo que estaban hablando, logré persuadir a algunos de ellos que lo más importante en la vida era llegar a explicar lo que había escrito un hombre llamado Aristóteles, que había vivido en Grecia más de mil años antes; y a otros persuadí que lo más importante era encontrar una piedra con la cual podían hacer oro y un elixir que curaría todas las enfermedades y haría inmortales a los hombres. Y los hombres más inteligentes y sabios dedicaron todos sus esfuerzos en su búsqueda”.

“A los que no logré interesar en estos problemas, los persuadí que lo más importante era saber si la tierra giraba alrededor del sol o éste alrededor de la tierra. Y cuando encontraron que era la tierra la que giraba y no el sol, y calcularon cuantos millones de kilómetros distaba el sol de la tierra, se alegraron y desde ese tiempo hasta ahora se la pasan investigando las distancias entre las estrellas aún más ardientemente, aunque saben que no hay fin al número de distancias por calcular, al ser infinito el número de estrellas, y que es algo innecesario saber. Además, los persuadí que era muy importante saber cómo iniciaron su existencia las criaturas infinitesimales. Y aunque este conocimiento es completamente innecesario y evidentemente imposible de obtener – pues el número de criaturas es infinito como el de las estrellas – han dirigido y dirigen toda su capacidad mental hacia éstas y otras investigaciones similares sobre fenómenos materiales, y se sorprenden que mientras más saben sobre cosas innecesarias más permanece desconocido. Y aunque es evidente que a medida que sus investigaciones avanzan lo que aparece sin investigar se hace más amplio cada vez, y las materias de investigación más complejas, y el conocimiento que adquieren cada vez menos aplicable a la vida, no se sienten confusos. Completamente persuadidos de la importancia de sus ocupaciones continúan investigando, enseñando, escribiendo, imprimiendo y traduciendo de un lenguaje a otro todas sus investigaciones y discusiones que en su mayor parte son inútiles, o si ocasionalmente sirven de algo es para el placer de la minoría rica y para agravar más la posición de la mayoría pobre”.

“Para impedir que estos hombres piensen que la única cosa necesaria para ellos es el establecimiento de la ley de la vida indicada en las enseñanzas de Jesús, los he convencido que no pueden llegar a conocer las leyes de la vida espiritual y que todas las enseñanzas religiosas, inclusive las de Jesús, son un error y una superchería, y que ellos pueden encontrar cómo deben vivir con una ciencia que he diseñado para ellos llamada Sociología, que consiste en estudiar qué tan mal vivían las gentes en la antigüedad. Así, en lugar de preocuparse por vivir mejores vidas de acuerdo a las enseñanzas de Jesús, piensan que sólo necesitan estudiar las vidas de quienes vivieron anteriormente, y que de ahí pueden deducir las leyes generales sobre la vida, y que para vivir bien basta con ajustar sus vidas a las leyes que ellos inventan”.

“Para confirmarlos más todavía en su error, les sugerí algo semejante a las enseñanzas de la Iglesia: que existe una sucesión de conocimiento llamada Ciencia, y que las aseveraciones de esta Ciencia son infalibles, como las de la Iglesia”.

“Y tan pronto como los promotores de la Ciencia se persuaden de su infalibilidad, naturalmente proclaman como verdad indudable cosas que no sólo son innecesarias sino a menudo absurdas, y una vez que las han proclamado no pueden repudiarlas”.

“Por eso digo que mientras yo continúe inculcando en estos hombres respeto y veneración por la Ciencia que les he preparado, nunca comprenderán las enseñanzas que casi nos destruyen”.

XI

- “Muy bien. Gracias”, dijo Belcebú, y su cara resplandeció. Esto merece una recompensa”!.

- “Y ¿nosotros? Se ha olvidado de nosotros”, exclamaron varios diablos pequeños, grandes, de patas encorvadas, gordos y flacos.

- “¿Qué haces tu?”, preguntó Belcebú.

- “Yo soy el diablo de las mejoras técnicas”.

- “Yo soy el de la división del trabajo”

- “Yo el de los medios de comunicación”.

- “Yo el de la impresión de libros”.

- “Yo del arte”.

- “Yo de la medicina”.

- “Yo de la cultura”

- “Yo de la educación”.

- “Yo de reformar a la gente”.

- “Yo el de la intoxicación”.

- “Yo el de la filantropía”.

- “Yo el del socialismo”.

- “Yo el de los derechos de la mujer”, gritaron en coro, agrupándose frente a Belcebú.

- “Hable uno al tiempo y con brevedad”, pidió Belcebú. “Tu”, y señaló al diablo de las mejoras técnicas. “¿Qué haces tu?”

- “Yo persuado a las gentes que mientras más y más rápido produzcan cosas tanto mejor para ellos. Y los hombres destruyen sus vidas para producir más cosas, hacen más y más, aunque no las requieran quienes ordenan fabricarlas y aunque sean inaccesibles a quienes las producen”.

- “Espléndido. Bien, y ¿ tu?”, dijo señalando al diablo de la división del trabajo.

- “Yo persuado a los hombres de que como se pueden producir artículos más rápido con máquinas que con hombres, es necesario convertir a éstos en máquinas, y así lo hacen y los hombres convertidos en máquinas odian a quienes les han hecho esto a ellos”.

- “Excelente. Y, ¿tu?”, dijo dirigiéndose al diablo de los medios de comunicación.

- “Yo los persuado de que para su beneficio deben moverse de un lugar a otro tan rápido como sea posible, y así, en lugar de mejorar cada cual su forma de vida donde está, los hombres pasan gran parte de su tiempo moviéndose de un lugar a otro. Están orgullosos de poder viajar a más de 50 Km. por hora”.

Belcebú también alabó a este último.

El diablo encargado de la impresión de libros dio un paso adelante. Sus funciones, explicó, consistían en comunicar a cuantos fuese posible todo lo sucio y estúpido que se hacía y escribía en el mundo.

El diablo encargado del arte explicó que, bajo el pretexto de confortar e inculcar sentimientos elevados en los hombres, les alcaheteaba los vicios al presentárselos con aspecto atractivo.

El de la medicina explicó que persuadía a los hombres de que lo más importante era el cuidado del cuerpo, y como las preocupaciones acerca del cuerpo son sin fin, los hombres se ocupaban de su cuidado y ayudados por la medicina, no solamente se olvidaban de las vidas de las demás gentes sino también de su propia vida verdadera.

El de la cultura explicó que enseñaba a las gentes que el hacer uso de todas las actividades supervisadas por los otros diablos, el de mejoras técnicas, el de la división de trabajo, medios de comunicación, impresión de libros, arte, y medicina, era algo como una virtud, y que quien se beneficiase de todo ello debería sentirse satisfecho consigo mismo y no necesitaba mejorarse.

El diablo de la educación explicó que persuadía a los hombres que viviendo mal y aún sin saber en qué consistía la verdadera vida, podían enseñar a los niños la correcta manera de vivir.

El diablo de las reformas humanas explicó que enseñaba a los hombres que aunque malos ellos mismos podían reformar gente mala.

El de la intoxicación explicó que enseñaba a los hombres que en lugar de tratar de vivir mejor para poder escapar a los sufrimientos de una mala vida, era mejor para ellos olvidar sus penas bajo la influencia del vino, del opio, el tabaco o la morfina.

El diablo de la filantropía dijo que volvía a los hombres inaccesibles a la bondad al persuadirlos de que robando por toneladas y dando limosna por gramos a quienes roban, son caritativos y no necesitan mejorarse.

El diablo del socialismo hizo alarde de que excitaba a la lucha de clases en nombre de la más alta organización de la raza humana.

El diablo de los derechos de la mujer se vanagloriaba de que – además de la lucha de clases – creaba enemistad entre los sexos en nombre de una todavía más perfecta organización de la vida.

- “Yo soy la comodidad”, “yo soy la moda”, chillaron otros dos diablos arrastrándose hacia Belcebú.

- “¿De manera que os imagináis que soy tan viejo y tan estúpido para no entender que una vez que las enseñanzas sobre la vida son falsas, todo lo que parezca sernos dañino se convierte en provechoso?”, gritó Belcebú con una carcajada. “Basta! Os agradezco a todos”. Y alzó las alas y se puso de pies.

Los diablos rodearon a Belcebú. En uno de los extremos se encontraba el diablo de la capa, fundador de la Iglesia; en el otro el inventor de la Ciencia. Unieron unos con otros las garras y cerraron el círculo.

Luego riendo, silbando, resoplando, meneando y chupándose las colas, giraban alrededor de Belcebú, quien bailaba también en el centro, agitando las alas y dando patadas en el aire.

Arriba se oían gritos, quejidos, lamentos y crujir de dientes.

Notas.-

(1) Evangelio de Mateo, Cap. 23, ver. 9.10

(2) Rito ruso-ortodoxo

(3) Rito ruso-ortodoxo

(4) Rito de la coronación del Zar

Traducido del inglés por G. Lema – Edición Obras Completas de Tolstoy –
Biblioteca WESTMINSTER RESEARCH LIBRARY – LONDRES.